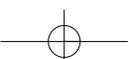
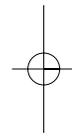
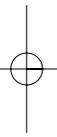
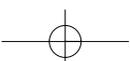
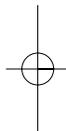
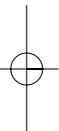
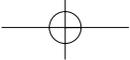


**VICTORIANO JUARISTI SAGARZAZU
Y SU TIEMPO**





Habiendo nacido en 1880 y muriendo en 1949, don Victoriano asistió a lo largo de su vida a un importante capítulo de la historia de nuestro país –por lo demás revuelto, y hasta difícil de comprender–, que contempla dos reinados, una regencia, dos dictaduras, una república y una guerra civil que todavía sigue dividiendo a los españoles, como es fácil deducir de la prensa diaria de todo el país. Por ello, se hace obligado intentar contar su historia ateniéndonos a los tiempos en que fue vivida, evitando erróneas valoraciones extraídas de extrapolaciones imposibles, tan frecuentes en el momento actual, dado el continuo y acelerado cambio de todas las circunstancias que la modelaron y la hicieron ser de esta y no de otra manera.

Orígenes y adolescencia

Victoriano Juaristi Sagarzazu nació en San Sebastián el 6 de marzo de 1880, en el piso cuarto del número 29 de la calle del Puyuelo. Corrían los esperanzadores tiempos de la restauración monárquica, con todo lo que significaron en el inicio de la transformación de España y hasta de su paulatina democratización en opinión de Francisco Ayala¹, a la vez que en la expansión fuera del recinto amurallado y el engrandecimiento de la capital guipuzcoana.

Hijo único del matrimonio integrado por José María Joaristi² Aspiazu, natural de Azcoitia, viudo de un primer matrimonio, de profe-

¹ L. GARCÍA MONTERO, “Entrevista a Francisco Ayala”, *XL Semanal*, 960, Madrid, marzo de 2006, pp. 40-46.

² Inicialmente el apellido familiar es Joaristi, siendo el primer documento en el que aparece como Juaristi la solicitud de admisión al examen de Grado de Bachillerato de don Victoriano.

SALVADOR MARTÍN CRUZ

sión hojalatero lampista, linternero en el decir donostiarra del tiempo, y Bernarda Sagarzazu³, natural de San Sebastián aunque originaria de Hondarribia⁴, de la que no se conocen otras labores desde su matrimonio que las de ama de casa. Entra dentro de lo posible que doña Bernarda hubiera ejercido como criada de servicio antes del matrimonio y que hubiera conocido a su futuro marido a través de su trabajo de doméstica⁵. Lo que de ser cierto explicaría tanto el cariño y respeto con el que don Victoriano trató a este grupo social a lo largo de su vida como su profundo conocimiento sobre él y hasta que llegase a hacerle objeto de atención preferente en varias ocasiones, apareciendo con cierto protagonismo en su novela *Costa de plata* y en alguna de sus charlas más o menos genéricas, como es el caso de la *Contribución de los médicos a la cultura del País*, pero sobre todo en la conferencia titulada *Patología de las criadas de servicio* y el ensayo *Nuestras criadas*, publicado poco después de su muerte.

Siendo vascoparlantes don José María y doña Bernarda, el niño Victoriano tuvo como lenguaje natural el vascuence, idioma del que haría uso a lo largo de toda su vida, siendo el habitual en su comunicación con sus padres y su prima María Alberdi Juaristi, con la que convivió siempre como si de una hermana mayor se tratase⁶. Este hecho no fue impedimento para que llegase a ser un maestro en la utilización y el manejo del español, como queda perfectamente demostrado en su obra escrita y en aquellas de sus charlas y conferencias cuyos textos han llegado hasta nosotros.

Pero habiendo salido el tema del lenguaje y a su través el de su condición de vasco, conviene puntualizar desde estos principios que don

³ Doña Bernarda llevaba el apellido materno al ser hija natural.

⁴ Pese a que la familia siempre consideró a doña Bernarda como natural de Hondarribia, los datos legales que figuran en las actas de nacimiento y bautismo de su hijo no dejan lugar a dudas en cuanto a su lugar de nacimiento, San Sebastián, aunque al ser hija natural, es muy posible que su madre se trasladara a San Sebastián para dar a luz y una vez recuperada del parto regresase a Hondarribia con la niña.

⁵ La familia desconoce todo sobre el tema.

⁶ María Alberdi Juaristi, la "Tía María", era hija de una hermana del padre de don Victoriano, habiendo sido recogida por sus padres al fallecer esta. Muerto don Victoriano seguiría viviendo con su hijo Carlos hasta el final de sus días.

VICTORIANO JUARISTI SAGARZAZU Y SU TIEMPO

Victoriano siendo, sabiéndose y sintiéndose vasco, siempre ejerció de tal sin exclusividad ni acritud, lo que unido a su cultura, amplitud de miras, talante liberal y no adscripción a partido político alguno, en bastantes ocasiones había de causarle serios problemas, llegando a ser tachado de “antivasco” por ello. En 1935 hubo hasta quienes le acusaron de traidor al pueblo vasco por haber levantado un monumento a Roldán⁷; “porque pretendía glorificar la memoria de un invasor vencido”⁸. Bastaría solo con leer *Costa de plata*, sus artículos del semanario *El Bidasoa* o de los periódicos *La Voz de Guipúzcoa*, *La Voz de Navarra*, *El Pueblo Vasco* y *Euskalerrriaren Alde*, el texto de algunas de sus conferencias publicadas, como *Contribución de los médicos a la cultura del País* o *La calle del Puyuelo*, así como conocer la lucha que mantuvo a lo largo de toda su existencia en defensa de una universidad vasca⁹, para comprender hasta qué punto era, se sabía, se sentía y estaba orgulloso de ser vasco.

En 1884 iniciaría sus primeros estudios en las escuelas municipales de San Sebastián, donde, además de las primeras letras, iba a aprender a hablar correctamente el español, cursando el total de los estudios de primaria con facilidad y aplicación. Serían los maestros del



Don Victoriano en 1888.

⁷ Se referían al monumento levantado por él, en Ibañeta, a expensas del Consejo de Cultura de Navarra el 2 de septiembre de 1934, con motivo de la celebración del Centenario del hallazgo del manuscrito de la *Canción de Roldán*.

⁸ V. JUARISTI, “Sigue la canción”, *Diario de Navarra*, Pamplona, 1 de septiembre de 1934.

⁹ M. GRANJEL, *La Facultad de Medicina de 1936*, 1992.

SALVADOR MARTÍN CRUZ

centro, conocedores de la intención de sus padres de apartarle de los estudios y orientarle hacia un oficio bien remunerado, quienes recomendasen prosiguiera con ellos dada su natural inteligencia y su buena disposición para la tarea. El tiempo se encargaría de darles sobradamente la razón.

Corrían los años posteriores a la muerte de Alfonso XII, habiendo entrado el país en los de la regencia de su viuda María Cristina de Hanburgo-Lorena, inicialmente beneficiosos para todo el país, más para San Sebastián que seguía viviendo un tiempo crucial en su desarrollo y construcción¹⁰. En septiembre de 1889, el niño Victoriano comenzaría los estudios de bachillerato en el Instituto Provincial de Segunda Enseñanza de Guipúzcoa, becado por el Ayuntamiento de San



La familia Joaristi Sagarzazu en 1895.

Sebastián, dados los pocos posibles de la familia, aprobando el examen de grado de bachiller en julio de 1894. Hay un dato poco conocido en su currículum que se corresponde con este tiempo: su paso por la Escue-

¹⁰ Considérese que en 1889 se inician las obras del Buen Pastor.

VICTORIANO JUARISTI SAGARZAZU Y SU TIEMPO

la de Artes y Oficios de San Sebastián. De él da fe, en julio de 1928, Eladio García, Inspector de Primera Enseñanza, en la presentación de una conferencia que da don Victoriano sobre *El aprendizaje* en la Escuela de Artes y Oficios de Pamplona. En ella, poniéndole como ejemplo para la juventud, asevera el presentador su paso por Escuela de Artes y Oficios de San Sebastián, donde, añade: “cultivó con gran acierto las bellas artes”¹¹. Aunque es verdad que se carece de otros datos sobre el tema y que ni su hijo Carlos o sus nietos el doctor Julio San Juan o Terica Juaristi pudieron aportar especial información sobre el particular, lo cierto es que con independencia de las palabras de don Eladio, este paso por Artes y Oficios explicaría de una manera razonable su afición, conocimientos, magnífica disposición y hasta buena mano para el trabajo y cultivo genérico de las bellas artes.

De su vida en aquellos años, la de un niño normal en todo, como es natural hasta en sus travesuras, nos ha quedado un fondo que retrata un ambiente familiar humilde, pero en el que reinaba la concordia y el afecto, inmerso en una ciudad todavía pequeña e íntima, el recuerdo de alguna pelea y alguna pedrada. También la de algún suspenso. El de las matemáticas de tercero de bachillerato con los primeros rudimentos de álgebra, muy posiblemente por las distracciones debidas al inicio de la pubertad; la de algún accidente que pudo haber sido grave. Cayó desde el rellano del piso en el que vivía por el hueco de la escalera, dando con su cuerpo sobre el techo de un tabuco de madera habilitado en los bajos de edificio, que se deshizo en la caída, pero que no tuvo otras especiales consecuencias que las de aumentar el miedo que ya sentía por la altura. Lo que se comprende bien, conociendo la profesión de su padre, muchas veces andando por los tejados o asomando, cuando no colgado, por los aleros para arreglar aquel canalón o aquella claraboya. Eran los tiempos de los juegos sencillos que crea la propia imaginación infantil, tan llena de plasticidad y de inventiva, a caballo de una riqueza y efervescencia como lo era la suya. Todavía Laín Entralgo escribiría al recordarle a mediados de los años 70: “la simpática e ilustrada novelaría del doctor Juaristi”¹².

¹¹ “Con la conferencia del doctor Juaristi, terminó ayer el ciclo organizado por el Ayuntamiento”, *Diario de Navarra*, Pamplona, 11 de marzo de 1928.

¹² P. LAÍN ENTRALGO, *Descargo de conciencia*, 1976, p. 170.

SALVADOR MARTÍN CRUZ

Era la época de los deslumbramientos provocados por el oropel de lo vistoso; los trajes de gala de las autoridades, los ricos vestidos de las mujeres, y los desfiles militares de los grandes fastos de la ciudad..., también del “pájaro de fuego”. No, no podía faltar aquel “pájaro de fuego” bailado por el “Gran Esnaola” en las fiestas populares del barrio ante el contento temeroso de los chicuelos, que tanto recuerda, aquí, en Pamplona, al “torico de fuego” sanferminero. La del despertar de la pubertad con los primeros enamoramientos, las primeras vergüenzas y los primeros desengaños. La de la mar, tan inmediata en su realidad, con sus repentinas y terribles galernas y sus consecuencias luctuosas, con las primeras desgracias y las primeras muertes posiblemente comprendidas, pero a la vez espolique de la imaginación y de los sueños de aventura. La de los cantos alegres que llegaban hasta el domicilio familiar desde la calle, a los que si el alcohol no siempre permitía ser una promesa de esperanza, para él iban a significar el primer contacto con la música y hasta con la poesía, tan presente en la música popular vasca como en la de todos los pueblos. Son los tiempos también de la guardilla del primer club literario con sus amigos Alberro, Raimundo Bueno, Miguel Echeverría, Pepe Villar, Zaragüeta... Contado casi todo en su conferencia *La calle del Puyuelo*¹³. La de las lecturas de Mayne-Reid y Julio Verne en la biblioteca Municipal –todavía no se había producido el boom de Emilio Salgari–, con su larga herencia de pequeñas aventuras, soñando tierras lejanas e ignotas pobladas de gentes y animales extraños, también de piratas y tesoros escondidos como no podía ser menos: “Todos teníamos un velero pintado de blanco, bien pertrechado para un viaje largo y accidentado...” llega a recordar en el homenaje póstumo del doctor Urrutia¹⁴. Su fácil relación con los demás y buenas actitudes para la observación y el dibujo, como también cuenta en la conferencia “*Estampas románticas donostiarras*”¹⁵... es hasta posible que dé pie para ventear algo sobre los orígenes del personaje alegre, abierto, observador, comunicador, compartidor, también soñador, tan proclive a la relación con los demás y tan dado a la cultura y a las artes que alcanzaría a ser

¹³ “La calle del Puyuelo”, *La voz de Guipúzcoa*, San Sebastián, noviembre de 1926.

¹⁴ “En memoria del doctor Urrutia”, *El Pueblo Vasco*, San Sebastián, 11 de enero de 1931.

¹⁵ “Estampas románticas donostiarras”, *El Pueblo Vasco*, San Sebastián, 21 de abril de 1929.

sobre todo en los años de Irún, en los que –en mi criterio– mejor y de una manera más exacta va a manifestarse su verdadero yo.

La vida después habría de hacerle más brillante y hasta más importante, pero como le sucede al común de los mortales, incluso a él, que de común nunca tuvo nada, hubo de pagar un alto precio por ello, el de dejar de ser el yo del principio de su periplo vital, seguro que también al final de él, hubiera firmado ser. En muchos de sus artículos de prensa, en sus novelas, en sus zarzuelas, incluso en sus obras de teatro no estrenadas, parece latir la añoranza de algo que si, evidentemente, tenía que ver con el tiempo ido, seguro que magnificado en el recuerdo, parece tener más que ver con los años de su vida en Irún, que inclusive con los de la propia infancia por mucho que esta tuviera de felicidad.

Los tiempos de universidad

En octubre de 1894, en una España revuelta por los acontecimientos que se venían produciendo en Marruecos, Cuba y Filipinas, precipitándose hacia el desastre del 98, el joven Victoriano iniciaría los estudios universitarios en la Facultad de Medicina de Valladolid, de nuevo becado por el Ayuntamiento de San Sebastián, beca en cuyo disfrute le había precedido el doctor Urrutia. ¿Por qué precisamente los estudios de medicina y no los de historia, historia del arte, o incluso los de bellas artes para los que estaba tan bien capacitado? Simplemente, porque quería ser médico. Así de sencillo.

Su hijo Carlos hablaba de verdadera vocación. Y desde luego que habría que pensar en ella al considerar la ejemplaridad y la dedicación demostrada a lo largo de toda su historia médica, de no ser porque en sus muchos años de labores representativas, tanto como vocal del Colegio de Médicos de Guipúzcoa como de presidente del Colegio de Navarra, amén de en sus incontables charlas, conferencias y escritos sobre el particular, inclusive en sus dos novelas largas y en su comedia, no estrenada, *El caballero Mefisto*, serán sus propias vivencias, cuando no sus palabras, quienes se encarguen de contárnoslo. Ya lo auguraban la dedicación con que iba a realizar sus estudios –todavía quedaban en 1988 algunos restos de los murales que pintó para el anfiteatro de anatomía

SALVADOR MARTÍN CRUZ

a petición de uno de sus profesores como testimonios de esta¹⁶—, la manera tan brillante con la que iba a irlos resolviendo, cuajada de sobresalientes y el marchamo final de la concesión del Premio Extraordinario de Licenciatura en 1901. Todavía en noviembre de 1931, el Catedrático Antonio Simoneña, en el homenaje que se le rinde en Pamplona con motivo de su jubilación, presidido por don Victoriano, recordaba su brillante paso por la Facultad de Medicina de Valladolid, en la que había sido discípulo aventajado suyo¹⁷.

De cómo fueron aquellos tiempos y cómo los vivió también serán sus propios escritos los encargados de contárnoslo. Nada mejor para ello que el artículo escrito en septiembre de 1919 en *Guipúzcoa Médica*, en tono de humor negro, titulado *La nuez*, en cuya introducción puede leerse: “El viejo, feo, enorme convento de Santa Clara, da nombre a una calle de Valladolid y quita el sol a sus casucas, entre las cuales está la que durante siete años fue mi albergue en los tiempos estudiantiles, para muchos de ventura y para mí sin un buen recuerdo”. No creo que se pueda ser más claro ni más conciso. Pese a ello, tampoco estará de más traer hasta estas líneas el artículo publicado a título póstumo en memoria del doctor Cesáreo Díaz Empanza en *El Bidasoa* en 1949, complementario del anterior y en el que puede



Fotografía de don Victoriano para la orla de fin de carrera, realizada en 1901.

¹⁶ El profesor José María de Corral recuerda su ejecución en una carta personal a don Victoriano. En archivo familiar.

¹⁷ Palabras de salutación del doctor Simoneña en el homenaje que le rinde el Colegio de Médicos de Navarra. *Revista Navarra de Medicina y Cirugía*. Pamplona, noviembre de 1931.

leerse: "... en ella habitaba un viejo y mal avenido matrimonio. Él, que se hacía llamar don Félix, era el tipo clásico del hidalgüelo sin blanca ni ganas de buscarla; ella era una vascongada, beata y avinagrada, pero limpia. Por una antigua amistad con parientes míos, de Fuenterrabía, accedieron a mantenerme por dos pesetas diarias. Ni yo podía dar más ni ellos menos. Pero el pan y el sol de Castilla hacían milagros y, con esto y algo de las vecinas huertas, di el peligroso salto de la adolescencia de mis quince años a la virilidad de los veintiuno..."

De este tiempo de su vida dejó testimonio bastantes veces más, apareciendo varias alusiones a él en su novela *El Anatómico* y hasta en la comedia *El caballero Mefisto*. En resumen, los tiempos tristes de un estudiante pobre: "... yo soy el estudiante pobre que sucedió a Urrutia en la beca del Ayuntamiento de San Sebastián, y que también comió el pan en el borde de la mesa de anatomía...", nos cuenta en la introducción del homenaje póstumo al doctor Urrutia. Pero un estudiante pobre que además, no lo olvidemos, inicia los estudios universitarios con solo catorce años, alejado de los suyos y de su ciudad natal, solitario y malcomido, inmerso en un ambiente agrio, mísero y duro, tan distinto del que reinaba en su casa, limitado, muy limitado, en recursos económicos y, para más "INRI", en un país en plena desmoralización ante los graves acontecimientos de Marruecos y ultramar, verdadera sangría en la juventud española del tiempo, en los que iba a terminar por hacer de la dedicación y el estudio, sobre todo de la anatomía, la patología y la cirugía, amén de la renuncia de sí mismo, el centro de su vida. En su comedia *El caballero Mefisto* llega a poner en la boca del protagonista, el doctor Enrique Mena, uno de sus varios "alter ego", la frase: fui "un hombrequito juicioso con el propósito, por necesidad, de llegar pronto". Todo lo que iba a terminar dejando como herencia la férrea e indomable voluntad, así como la autodisciplina, que animaron toda su vida y que destacan de su manera de ser los que le conocieron más profundamente.

La formación de postgrado

Acabados los estudios de licenciatura y después de haber contraído matrimonio el 15 de junio, en Lasarte, con Adriana Acevedo, hija na-

SALVADOR MARTÍN CRUZ

tural del editor madrileño Urbano Manini¹⁸, terminado el verano, el recién licenciado don Victoriano regresaría a Valladolid para cursar los estudios del doctorado, quedando la joven esposa en el domicilio familiar de los Joaristi¹⁹. Entra dentro de lo lógico pensar que el curso lo realizaría como alumno libre. Solo así es comprensible el que ya en 1902 estuviera realizando el internado quirúrgico en el Sanatorio Madrazo, de Santander, lugar puntero de la cirugía española del tiempo, en donde debió de permanecer hasta principios de enero de 1903²⁰. El doctor Enrique Madrazo fue uno de esos hombres malgastados por el país, con una historia médica y una vocación formativa ejemplares, catedrático de clínica quirúrgica de Barcelona, había renunciado a su cátedra ante el poco apoyo encontrado para sus proyectos educativos y el desinterés de los estudiantes y de la sociedad catalana en general. Con don Enrique, al que don Victoriano siempre consideró su más auténtico maestro, permaneció vinculado gran parte de su vida, como lo demuestra la frecuente publicación de artículos suyos en el *Boletín de Cirugía del Sanatorio Madrazo*. Por lo que contaba su hijo Carlos, debió de existir una importante correspondencia entre maestro y discípulo, desaparecida por desidia junto con libros, recortes de artículos, documentación y otros enseres que quedaron en el domicilio guipuzcoano, después de su separación matrimonial.

Lógicamente, este sería un tiempo marcado por deseos contrapuestos. Por un lado, el de formarse lo mejor posible. Por otro el de la urgencia natural de normalizar la vida con su joven esposa y de incorporarse al ejercicio médico como un profesional independiente más, y no solo por aquello de terminar con la separación forzosa que vivía el joven matrimonio, sino también para poder rescatar a su padre del peligroso trabajo que realizaba en lo alto de los tejados, expuesto siempre a lo peor. Algo que había llegado a convertirse en una auténtica obsesión para él.

¹⁸ Aunque en el acta matrimonial figura el apellido Manini Acevedo, al ser hija natural del editor Urbano Manini y Petra Acevedo, el nombre correcto es el de Adriana Acevedo, como queda claro del apellido familiar, el que llevaban todos sus hijos, Juaristi Acevedo.

¹⁹ Conversaciones con Carlos Juaristi.

²⁰ Se deduce de sus datos de colegiación en Guipúzcoa; 8 de enero de 1903.

Habría de ser también el tiempo el encargado de decirnos hasta qué punto tenía razón al pensar así, ya que el joven operario que se iba a hacer cargo del pequeño negocio y el trabajo de su padre, don José María, cuando este finalmente se decidió a traspasarlo haciendo caso a su hijo, terminaría cayendo desde lo alto de un tejado, matándose al estrellarse contra el suelo²¹.

Pero aun a pesar de la separación física del joven matrimonio, habrá que suponerlo un tiempo alegre marcado por los propios acontecimientos que poco a poco iban a irse sucediendo: sus éxitos en el examen de licenciatura y en el curso del doctorado; los primeros tiempos del matrimonio; el internado en Santander en una clínica moderna, tan distinta en todo del oscuro y desesperanzador mundo de los hospitales españoles –también del de Valladolid–, que en pura lógica no debía de llevarse mucho con el de San Carlos, de Madrid, descrito de manera tan neorrealista por Pío Baroja en *El árbol de la ciencia*; con su esposa yendo y viniendo entre San Sebastián y Santander, y la alegría natural de los encuentros; el nacimiento de su primogénita, Reshu, que vino al mundo precisamente en la capital cántabra, aunque los papeles terminarían diciendo que lo hizo en San Sebastián; los sueños cara al futuro. Las esperanzas del hombre animoso e ilusionado que cada día que pasaba iba sabiéndose mejor preparado que la gran mayoría de sus compañeros y que, además, era consciente de que estaba prologando una vida y un ejercicio profesional tan notables como los que finalmente alcanzaron a ser ambos. Y todo ello en un país que parecía irse recuperando de las desdichas político-militares del 98 y empezaba a alumbrar nuevas maneras y talentos esperanzadores de regeneración nacional, tras la estela de las gentes de las generaciones de entre siglos, que no solo de la del 98²²; a lo que no iba a ser ajena la medicina, donde el magisterio de Ferrán, Simarro, Simonena, San Martín, Turró y sobre todo Ramón y Cajal, con la creación del Instituto Cajal y el Ins-

²¹ V. JUARISTI, “La calle del Puyuelo”, *La Voz de Guipúzcoa*, San Sebastián, noviembre de 1926.

²² Bastaría para darse cuenta de la importancia científica y cultural de estas generaciones con leer el prólogo que escribe Pedro Laín Entralgo en el tomo XXXIX de la *Historia de España*. Ramón Menéndez Pidal, *La Edad de Plata de la Cultura Española*, Espasa Calpe, Madrid, 1923.

SALVADOR MARTÍN CRUZ

tituto Nacional de Higiene, en Madrid; y con Pi y Suñer y la Escuela de Fisiología, en Barcelona, predicaban la necesidad de estudiar e investigar en aras de una mejora de la medicina española, siguiendo el magisterio de la mejor ciencia médica europea.

El ejercicio profesional en Irún

Aunque entra dentro de lo posible que pasase algunos meses trabajando en San Sebastián –su hijo Carlos así creía habérselo oído contar, y el doctor Carmelo Balda lo da por seguro en el homenaje póstumo que le rinde la Academia Médico-Quirúrgica de Guipúzcoa²³–, a la luz de los datos cronológicos que se conocen de su vida, lo más probable es que aquello ocurriera en los meses del verano anterior a su incorporación al Sanatorio Madrazo, posiblemente haciendo alguna sustitución a un compañero, y que su regreso a Guipúzcoa desde el sanatorio tuviera ya como norte Irún, animado por amigos como la familia Bergareche, propietarios del piso del Paseo de Colón en el que inicialmente iba a domiciliarse.

De lo que no hay duda alguna es de que en 1903 iba a empezar a trabajar en Irún²⁴, en cuyo hospital habían aceptado sus servicios como médico-cirujano. Él mismo habría de contarlo en *El nuevo quirófano del hospital*: “... Hace un cuarto de siglo que llamé a las puertas de esta casa, ofreciendo mi trabajo, poniendo sobre cualquier otro interés mi vocación y mi juvenil altruismo. Me recibieron el médico Albizu y la hermana Calixta, que llevaba muchos años al servicio del hospital. El primero me amparó con su prestigio. La monja me prestó una mesa de plancha, estrecha y sólida, que cubrimos con unas sábanas blancas...”²⁵. De esta manera, pues, iba a iniciar su trabajo en la villa guipuzcoana,

²³ “... Se estableció en San Sebastián pero pronto se marchó a Irún, donde ocupó una plaza de cirujano en el Hospital...”. De *Evocación del doctor Victoriano Juaristi Sagarzazu*, de Carmelo Balda. Copia que obra en el archivo familiar.

²⁴ Aunque no he podido conocer la fecha con exactitud, Juaristi debió de empezar a trabajar allí a principios de 1903, como se deduce de *Anales del Hospital de Irún 1903-1904*, pp. 44-45.

²⁵ V. JUARISTI, “El Nuevo quirófano del hospital”, *El Bidasoa*, Irún, 25 de abril de 1917.

practicando cirugía sobre una mesa de planchar cubierta con unas sábanas blancas y... sin sueldo, porque su trabajo en el hospital no tenía renumeración alguna.

Esta circunstancia habría de obligarle a ejercer durante algunos años de médico de cabecera como medio de subsistencia, haciendo sus primeras visitas en tílburí y, posteriormente, en bicicleta ante el asombro de sus convecinos. Una historia que sabemos iba a dejarle gratísimos recuerdos e inmejorables amigos para siempre, amén de un cúmulo de experiencias enriquecedoras distintas a las aprendidas en las mesas de cirugía. Nunca se abundará lo suficiente en las diferencias entre el ejercicio hospitalario y el domiciliario y en la necesidad del doble aprendizaje. Tampoco podía ser de otra manera dado su carácter alegre y afable, así como su buena preparación y su continuo deseo de aprender.

Pero acaso sea bueno precisar cómo era aquel Irún al que llegaba aquel joven e ilusionado médico, espigado, delgado y barbado; acaso para disimular su juventud, casi recién casado y con una hija que todavía no sabía andar y en el que había de vivir los mejores dieciséis años de toda su vida. Los libros dicen que Irún contaba con unos 10.000 habitantes y estaba inmerso en un proceso de gran expansión, en parte debido a una inicial industria, pero, sobre todo, a ser el núcleo vial y ferroviario más importante de las comunicaciones de España con Europa.

La población, que había ido dejando el casco antiguo, extendiéndose por las colinas inmediatas y la vega creada por el río Bidasoa, apenas tenía algo que ver con la del Irún histórico del Tratado de La Paz de los Pirineos, en la isla de los Faisanes, o con el de las luchas fronterizas entre España y Francia, dado el trasiego que a lo largo del siglo XIX se había ido produciendo entre ambos lados de la frontera y la fuerte inmigración de gentes provenientes de otros lugares de España y hasta de parte de Europa, lo que había terminado por hacer de la villa un lugar abierto y acogedor, dispuesto a recibir con los brazos abiertos a cualquier persona de buena voluntad. Más aún si, como era el caso de nuestro protagonista, esa persona era un médico cirujano con un historial como el suyo, que, además, contaba con importantes lazos de amis-

SALVADOR MARTÍN CRUZ

tad con gentes conocidas de la villa y parientes directos en la vecina Hondarribia, la familia Sagarzazu, de la que, conforme se ha visto, era oriunda su madre.

El 16 de octubre de 1908, la Junta Municipal de Asociados de la Villa iba a nombrar a don Victoriano médico-cirujano titular agregado al Hospital de Irún, ya con sueldo, aunque el acuerdo no habría de entrar en vigor hasta el 1 de enero del año siguiente²⁶. Para entonces ya había firmado la “Sección de Cirugía” de los *Anales del Hospital de Irún 1903-1904*; puesto en marcha un pequeño quirófano experimental, que le iba a permitir crear su propio equipo quirúrgico; una “morgue” en la que se hacían autopsias científicas; y un dispensario antituberculoso. De este tiempo datan sus primeros trabajos con injertos cutáneos utilizando tejidos procedentes de cadáveres, publicados en la prensa médica francesa; *Le Journal des Practiciens*²⁷, sus primeras grandes intervenciones, como cuenta en la entrevista firmada por el “Doctor Ignotus” en *El Hogar del Médico*: “... en la pobre sala de aquel hospital se hicieron operaciones de cráneo y tórax, antes que en la capital...”, y hasta la publicación de un curioso folleto editado por el Dispensario Antituberculoso, reflejo de su creciente preocupación sanitaria, escrito por Ecenarro e ilustrado por él; “Mozkorra eta jokalatia” (“Borracho y jugador”)²⁸.

En la primavera de 1909 se constata que acudiría al Congreso de Climatología de Biarritz, donde presentaría la ponencia *El clima de la costa cantábrica hispano-francesa*, y



Don Victoriano operando en el Hospital de Irún.

²⁶ E. NAVAS. *Irún en el siglo XX*, Tomo I, p. 45.

²⁷ V. JUARISTI. *El Anatómico*, p. 189.

²⁸ G. MONTES ITURRIOZ, “El doctor don Victoriano Juaristi Sagarzazu”, *Bidasoan*, Irún, 1986, p. 18.

*más particularmente, de la comprendida entre Hendaya y Fuenterrabia*²⁹. Un congreso que habría de llevarle a establecer sus primeros contactos con el profesor F. Calot, quien a la larga, terminaría por convertirse en otro de sus grandes maestros y amigos. Ese mismo año publicaría el ensayo *Al lado del enfermo*, escrito en colaboración con los doctores Aníbarro y Arístegui y prologado por el profesor Antonio Simonena. Se trata, según su hijo Carlos, de una especie de decálogo sobre lo que entendía debía de ser la relación médico-paciente, en parte inspirada por la que había mantenido con el pintor Berrueta³⁰.

Sería en 1910, después de pasar algún tiempo haciendo ortopedia junto a Calot en el Instituto San Francisco de Sales, de Berck-Plage, cuando iba a aparecer una de sus primeras obras importantes, la traducción al español de la obra fundamental del médico francés *La ortopedia indispensable a los médicos prácticos*, versión en la que incluso había algún capítulo original suyo, publicado con la aquiescencia de Calot. La relación con el profesor francés y el conocimiento de su proceder y de su filosofía harían de él uno de los grandes defensores de la creación de asilos marítimos contra la tuberculosis juvenil, un poco al estilo del que el doctor Tolosa Latour había creado en Chipiona tiempo atrás. Desgraciadamente, sus esfuerzos por conseguir uno de ellos en Hondarribia –hay un *Blanco y Negro* de la época que se hace eco del proyecto³¹–, no terminarían por materializarse, lo que habría de constituir una de las mayores decepciones en aquel período de su vida³².

Estamos ante el tiempo en que su firma iba a empezar a frecuentar la prensa médica del país, después de haberse asomado tímidamente, más allá de los *Anales del Hospital de Irún, 1903-1904*, al *Boletín del Colegio de Médicos de Guipúzcoa* y a *Guipúzcoa Médica*. Sobre todo a partir de la publicación de los *Anales del Hospital de Irún, 1904-1910*, que es cuando empezarían a hacer aparición sus artículos y comunica-

²⁹ Reproducido en *Revista de Especialidades Médicas*, Madrid, 1909.

³⁰ Ha sido imposible localizar algún ejemplar del mismo.

³¹ *Blanco y Negro*. Página ilustrada de la revista que puede corresponder a 1913 ó 1914 en archivo familiar. En ella, bajo una fotografía de don Victoriano, se lee: “El doctor Juaristi, autor del proyecto de un sanatorio marítimo de tuberculosos en Fuenterrabía”.

³² V. JUARISTI, *Anales del Hospital de Irún*, 1914.

SALVADOR MARTÍN CRUZ

ciones en el *Boletín de Cirugía del Sanatorio Madrazo* y en *Los Progresos de la Clínica*, revista esta última en la que iban a ser premiados en 1916 y 1918 los trabajos titulados: *La contractura isquémica* y *Los abscesos del Mal de Pott*³³. Recordando aquel tiempo, el editorialista de *Mundo Médico* escribía en la contraportada del nº 15 de la revista, “en el Hospital de Irún, donde no había ninguna organización quirúrgica, él la instituyó y acreditó con un trabajo intenso y observaciones personales en la clínica y en la sala de autopsias. Desde tan modesto puesto, y a pesar de ejercer como médico general en una pequeña ciudad con abundante y fatigosa clientela rural, se dio a conocer por sus artículos profesionales”³⁴.

Como consecuencia de esta actividad publicista, también de sus intervenciones reivindicativas en las reuniones del Colegio de Médicos de Guipúzcoa en temas tan importantes como la defensa de unos honorarios justos en la atención de los obreros accidentados en el trabajo; la suscripción de cuotas de apoyo a las familias de los médicos fallecidos; la polémica abierta a nivel de todo el país sobre el ejercicio de los médicos extranjeros en España³⁵; y la necesidad de crear un periódico profesional, terminaría por darse a conocer en el ámbito guipuzcoano, convirtiéndose en uno de los médicos jóvenes de referencia, lo que habría de llevarle a la junta encargada de crear una tarifa reguladora para las intervenciones quirúrgicas motivadas por los accidentes laborales en 1904; a ser elegido vocal de la Junta del Colegio de Médicos presidida por el doctor Ramón Moráiz en 1910 y miembro de la de Beneficencia de Irún en 1916³⁶. Todo ello junto al desempeño de las labores de secretario de la Sección Quirúrgica del III Congreso Internacional de Tuberculosis, celebrado en San Sebastián en 1912, en el que, además, presentó una pequeña memoria sobre tuberculosis ganglionar³⁷.

³³ La pormenorización de sus artículos tanto profesionales como no profesionales es tema de uno de los apéndices de este libro.

³⁴ “Nuestra portada”. “Retrato del doctor Victoriano Juaristi, de Pamplona”, *Mundo Médico*, nº 15, Madrid, 1926.

³⁵ R. M. CEBALLOS cuenta cómo don Victoriano llegó incluso a publicar en el periódico *ABC* de 30 de noviembre de 1916 una carta abierta sobre el tema, gracias a su amistad con Azorín, *Vida y obra del Doctor Victoriano Juaristi*, 1992, p. 86.

³⁶ Ver en “El crimen del hospital”, *El Bidasoa*, 16 de julio de 1916.

³⁷ V. JUARISTI, *Anales del Hospital de Irún*, Irún, 1914, p. 5.

Estas actividades tuyas iban a llevar aparejada la de los inicios de otra de ellas en la que llegaría a descollar poderosamente a lo largo de su vida, la de conferenciante. En principio solamente de temas médicos o relacionados con la medicina, aunque el tiempo volvería a ser el encargado de demostrar ampliamente que no con exclusividad. En ocasiones, docentes, como cuando a lo largo de 1917 sube varias veces al estrado de la Academia Médico-Quirúrgica de Guipúzcoa, dando charlas tan interesantes como la titulada: *Los muñones cinemáticos*³⁸, motivada por el incremento de mutilaciones secundarias al inicio de la industrialización del país y el largo reguero de ellas que la guerra europea iba dejando tras de sí en la vecina Francia. En otras, dando charlas divulgativas, y en 1912 leería en el Ayuntamiento de Irún la titulada *La influencia de la medicina en la sociedad*, en la que, entre otras cosas, iba a hablar por primera vez del compromiso moral del médico en la mejora de la sociedad. Algo que siempre habría de obsesionarle y que al final, más allá de los intereses puramente médicos, iba a conducirle a la preocupación por los problemas sociales del entorno, haciendo de ello una de las constantes de toda su vida.

Así, es claro su posicionamiento en defensa del médico y de su problemática: casas de médicos rurales, viudas y huérfanos de médicos, asociaciones de previsión, defensa del médico ante los tribunales, actualización del médico en ejercicio, jubilaciones médicas, protección del médico anciano; como también lo es su continuo batallar por la protección de la infancia, la mejora de la educación y su extensión a toda la masa social, con la escolarización obligatoria, la educación de los jóvenes, la preparación del obrero y del artesano, la construcción de modernos orfanatos, la organización de campamentos de verano para niños y jóvenes; por otra parte, la protección de los trabajadores y sus familias, la urbanización de las ciudades e higienización de los espacios suburbanos, de los pueblos y hasta de los caseríos. Propugnaría incluso el deporte como actividad saludable, lo mismo que la gimnasia, la modernización de las explotaciones ganaderas, y la lucha contra las plagas

³⁸ Como en el caso de sus publicaciones, su intervención como charlista queda pormenorizada en el apéndice correspondiente.

SALVADOR MARTÍN CRUZ

sociales de la época, como el alcoholismo, los accidentes de trabajo, la tuberculosis y las enfermedades venéreas, y en general, la mejora del medio y de la sociedad³⁹.

Un poco al aire del pensamiento cultural de la época, llegaría hasta a comprometerse en temas tan utópicos y controvertidos como el de la condena de la guerra. Son los tiempos, no lo olvidemos, de la “Guerra Europea” y de los inicios de las filosofías antibelicistas dimanadas de novelas como *La vida Sacrosanta*, de Selma Laguerlöf y *Sin novedad en el frente*, de Enrich Marie Remarke, cobrando especial protagonismo en el pensamiento de Bertran Russell⁴⁰; pero, principalmente, en el de la defensa de la eugenesia: “hay que preocuparse de fortalecer al individuo desde antes de su concepción, es decir: así como nos ocupamos de la calidad de una semilla que vamos a sembrar, o de los cruces de animales para obtener una buena raza, hay que evitar que los débiles y enfermos tengan hijos, que serán, probablemente, débiles y enfermos también”, diría en una de sus conferencias de 1922⁴¹. Si bien no puede olvidarse su rotundo posicionamiento frente a posturas tan extremas como las alcanzadas por las medicinas finlandesa y norteamericana, iniciadoras de la llamada “limpieza étnica”, no digamos ya de la alemana de los años del nacionalsocialismo, frente a las que llegaría a aseverar: “No hay razas malditas... Nadie nace con derechos superiores sobre los demás”⁴².

El 13 de julio de 1913 en uno de esos días negros que desata el azar, ensombreciendo todo y recordando al hombre su fragilidad y su pequeñez, dos unidades del ferrocarril de la frontera francesa, el popular “topo”, inaugurado el año anterior, colisionarían en las proximidades de la estación de Irún, a la salida de un túnel. Un gravísimo percance que generaría una marea de accidentados, necesitados de ayuda urgente, que iba a volcarse en busca de socorro sobre el pequeño hospital en

³⁹ S. ANAUT, *Luces y sombras de una ciudad*, 2004, pp. 24 y 47.

⁴⁰ J. ORTEGA Y GASSET, *Viajes y países*, 1959, pp. 61-67.

⁴¹ V. JUARISTI, *Por la salud*, Excmo. Ayuntamiento de Pamplona y Excmo. Diputación Foral de Navarra, Pamplona, 1922; y *Juventud, riqueza y hermosura*, Ateneo Guipuzcoano, San Sebastián, 29 de abril de 1924.

⁴² De su conferencia en las Escuelas de San Francisco el 13 de enero de 1922, “Las razas malditas. Judíos, gitanos y agotes de Navarra”.

el que trabajaba. Los periódicos del día siguiente hablarían de seis muertos y más de una veintena de heridos⁴³.

El propio don Victoriano contaba la tragedia de esta manera en los *Anales del Hospital de Irún, 1914*: “La tarde de este domingo, que empezó con sol y música, abrimos las puertas del hospital para recibir los sangrientos cuerpos de medio centenar de infortunados que encontraron la muerte o la mutilación cuando iban tras la alegría. Dos motores del ferrocarril eléctrico chocaron junto a la estación, y al mismo tiempo que el suelo se encharcaba de sangre y el aire de lastimosos ayes, cubrióse el cielo de negros nubarrones”⁴⁴. Su actuación al frente del pequeño equipo que dirigía y al que de inmediato iba a formarse con los médicos llegados al hospital al propagarse la noticia por la geografía vecina, poniéndose a sus órdenes, sería tan profesional y ejemplar que, en 1915, el Rey le terminaría concediendo el título de Comendador de la Orden de Isabel La Católica, a la vez que otorgaba a la villa de Irún el de “Muy Humanitaria Ciudad”.



Don Victoriano en 1913.

Aquel triste acontecimiento habría de relacionarle de manera directa con la familia real, sin que él lo hubiera pretendido en ningún momento, llevándole a convertirse finalmente en su médico de cabecera, y también del de algunos de sus deudos y allegados, durante los meses de veraneo de San Sebastián⁴⁵. Su nieta Terica Juaristi cuenta haberle oído relatar cómo en una ocasión en que le traían a casa después de haber atendido a algún enfermo en el palacio de Ayete, al cruzarse con el Rey, que viajaba en un vehículo excesivamente llamativo, don Alfonso iba a detener su coche diciéndole: “Doctor Juaristi ¿No le importaría que cambiásemos de vehículo?”.

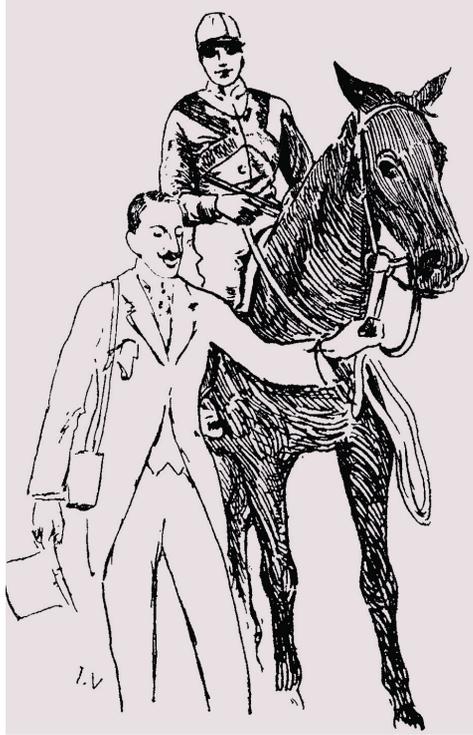
⁴³ *El Pueblo Vasco*, San Sebastián, 14 de julio de 1913, pp. 1-2.

⁴⁴ *Anales del Hospital de Irún*, 1914, p. 7.

⁴⁵ Carlos Juaristi recordaba a las familias del Infante de Baviera y Díaz de Mendoza-Guerrero.

SALVADOR MARTÍN CRUZ

En octubre de ese mismo año, el profesor Simonena habría de convocarle al Congreso Internacional de Climatología e Hidrología de Madrid, proponiéndole como ponente del tema oficial; *Clima de la costa Cantábrica Hispano-francesa y más particularmente de la comprendida entre Hendaya y Fuenterrabia, como remedio terapéutico*⁴⁶, para él en gran parte conocido por su participación en el Congreso Internacional de Climatología de Biárritz⁴⁷, si bien en esta ocasión iba a poner especial énfasis en las cualidades terapéuticas de las aguas mineromedicinales y los balnearios de la región, así como en las posibilidades de creación de colonias, lazaretos y hospitales infantiles en sus playas.



Alfonso XIII en el Hipódromo de Lasarte. Ilustración realizada por don Victoriano para su novela *Costa de Plata*.

Movido por las necesidades que empezaba a mostrar la sociedad que le rodeaba, en su caso los servicios asistenciales que requería su pujante desarrollo demográfico, en 1914 don Victoriano se decidiría a crear una pequeña clínica quirúrgica, pionera en su género dentro de la ciudad, a la que iba a bautizar con el sencillo nombre de Clínica de Irún. Un centro que pronto habría de convertirse en punto neurálgico de su trabajo y de la vida médica de la ciudad, máxime teniendo en cuenta la proximidad a su nuevo domicilio, en la calle 11 de Noviem-

⁴⁶ Carta del Profesor Simonena en archivo familiar.

⁴⁷ *Anales del Hospital de Irún*, 1914, pp. 10-12.

bre. A este edificio, Gaspar Montes Iturrioz denomina en *Bidasoan* “la casa de los murciélagos en los balcones” en razón de los herrajes que había en ellos⁴⁸. Ello no iba a significar detrimento alguno de su trabajo en el hospital, como lo demuestra su continuo innovar dentro de él y hasta su apoyo para mejorarlo con la inauguración de nuevos pabellones y servicios en 1915. De aquella clínica escribía en los *Anales del Hospital de Irán, 1914*: “Contigua a mi casa, he levantado mi clínica, modesta pero confortable, higiénica y alegre, si cabe alegría en establecimientos de este género... El sol baña abundantemente todos los dormitorios... Hay una sala de operaciones, otra de curas, un laboratorio con su instalación radioscópica...”⁴⁹.

Fracasos que deciden su progreso profesional

Y, sin embargo, dentro del mundo de contradicciones que iban a darse en la vida de don Victoriano, como en la de cualquier otro mortal, ese mismo año se decidiría a opositar, aunque sin éxito, a una plaza de médico-cirujano del Hospital Provincial de Navarra. Años después habría de ser el doctor Simón Blasco, uno de sus contrincantes en aquella oposición y, posteriormente, uno de sus colaboradores al frente del Colegio de Medicina de Navarra, quien habría de contarnos que si bien don Victoriano aprobó el examen y hasta lo haría con gran brillantez, la plaza sería concedida al doctor Fermín Idigaray, por entonces médico titular de Irurita, quien no tenía mayores méritos quirúrgicos que los propios de un médico rural sin ningún tipo de especialización quirúrgica⁵⁰. Habrá que presuponer que aquellos también eran tiempos de los de quien tiene padrinos se bautiza.

No mucho tiempo después, en 1916, don Victoriano obtendría el título de doctor en Medicina y Cirugía en la Facultad de Medicina de la Universidad Central de Madrid con el trabajo doctoral “*La contractura isquémica de Wolkmann o Impotencia de Denucé*”, calificado con la

⁴⁸ “El doctor don Victoriano Juaristi Sagarzazu”, *Bidasoan*, 1986.

⁴⁹ *Ibidem*, p. 23.

⁵⁰ S. BLASCO SALAS, *Recuerdos de un médico navarro*, 1958, pp. 96-97.

SALVADOR MARTÍN CRUZ

nota de sobresaliente por el tribunal presidido por el profesor Gómez Ocaña y en el que figuraba como vocal el profesor Simonena. Resulta curioso comprobar cómo en 1922, el profesor granadino Francisco Martín Lagos, con posterioridad catedrático de patología quirúrgica de la Facultad de Medicina de Madrid, retomaría el tema para su tesis doctoral, siendo la de nuestro protagonista uno de los trabajos documentales en los que habría de apoyarse para su realización⁵¹.

Pero la obtención del título de doctor no iba a ser un hecho casual, como tampoco el que el examen de grado lo hiciese en la Universidad de Madrid o, coincidiendo con él, se inscribiera en la Sociedad Española de Cirugía. Todo ello tenía un motivo por demás lógico; su presentación a la oposición a la Cátedra de Patología Quirúrgica, y su clínica de la Facultad de Medicina de la Universidad Central de Madrid. Oposición que sabemos habría de firmar ese mismo año, aunque, después de múltiples vicisitudes e intrigas a todos los niveles, incluso con importantes enfrentamientos y cambios en la composición del tribunal, terminaría celebrándose bien entrado 1917. En ella, sin duda, tras una actuación brillante —como lo confirma su participación en la “trunca” final—, la cátedra iba a ser concedida al doctor Laureano Olivares Sexmilo. Sobre aquella aventura publicaría en *Guipúzcoa Médica* con el titular de *Los zenetes*, recordando un conocido romance gongorino, un artículo irónico lleno de intención al aire del cuento de “la lechera”, del que transcribo algunos párrafos dado su gracejo: “No ya trescientos, sino trescientos mil han debido ser *Los zenetes* que han dado al traste con el castillo de naipes que había yo levantado sobre unas oposiciones a la Cátedra de Patología Quirúrgica, de Madrid. Toda la fábula de la lechera. Llevaba yo en la cabeza mi cántaro al mercado, con aquella presteza, aquel aire sencillo, aquel agrado... Después de leer mis cuartillas decía yo como la lechera: ‘Y con este dinero, un canasto de huevos comprar quiero’. Contaba ‘salir a Miranda’ con esta mercancía y mercar allí el cochinito y la ternera... Pero tropecé con los zenetes: vertióse la leche del cantarillo, y volvimos a la aldea”⁵².

⁵¹ F. MARTÍN LAGOS, *Contractura isquémica de Wolkemann*, 1923.

⁵² V. JUARISTI, “Los zenetes”, *Guipúzcoa Médica*, San Sebastián, noviembre 1917, pp. 23-25.

Su regreso a la vida normal, estaría marcado por los homenajes de reconocimiento que le iban a rendir las sociedades de Irún y San Sebastián dado el eco de la brillantez de su participación en la oposición; incluso *El Bidasoa*, lo mismo que algún tiempo más tarde el Colegio de Médicos de Guipúzcoa, daría un populoso banquete en su honor en Hendaya, al que sabemos acudió invitado Pío Baroja⁵³, todo lo cual no consiguió paliar la desilusión y el desencanto que aquella oposición dejó tras de sí, pero que, a pesar de todo, no había de disuadirle de continuar profundizando tanto en el estudio como en el trabajo profesional. Sirvan como muestra de ello sus cada vez más frecuentes artículos y comunicaciones en la prensa médica del momento; *Boletín del Colegio de Médicos de Guipúzcoa*, *Boletín de Cirugía del Sanatorio Madrazo*, *Guipúzcoa Médica*, *Revista de Especialidades Médicas*, *Higiene*, *Los Progresos de la Clínica*, *Revista Clínica de los Hospitales*, *Revista Española de Cirugía y Urología*, *Archivos Españoles de Pediatría*... así como su sistemática participación en reuniones profesionales y congresos.

Será la historia inmediata la que obligue a pensar que aquellas oposiciones, tanto la de Pamplona como la de Madrid, no fueron hechos casuales en su vida, como tampoco frutos de la improvisación, traduciendo claramente un cambio cualitativo importante en su manera de ser y unas aspiraciones que trascendían con mucho a su situación en Irún, por importante que esta hubiera llegado a ser. Tanto como para que el 4 de enero de 1919, previa presentación de la correspondiente renuncia a su puesto en el hospital de la ciudad⁵⁴, iniciase su traslado a Pamplona⁵⁵.

Los motivos del traslado y los pasos previos no se conocen bien, careciendo la familia de información puntual y documentación específica sobre él, por más que se sabe que era cuestión conocida de sus amigos y allegados, como se encarga de contarnos *El Bidasoa* en el editorial de su despedida: “sabíamos sí, que era ese su propósito; sabíamos que llegaría ese día”⁵⁶. Lo que lógicamente obliga a pensar en una decisión perfecta-

⁵³ E. NAVAS, *Irún en el siglo XX*, Tomo I, 1977, p. 394.

⁵⁴ Certificación del Ayuntamiento de la Ciudad de Irún, firmada por Emilio Navas el 9 de diciembre de 1927.

⁵⁵ E. NAVAS, *Irún en el siglo XX*, Tomo III, 1984, p. 303.

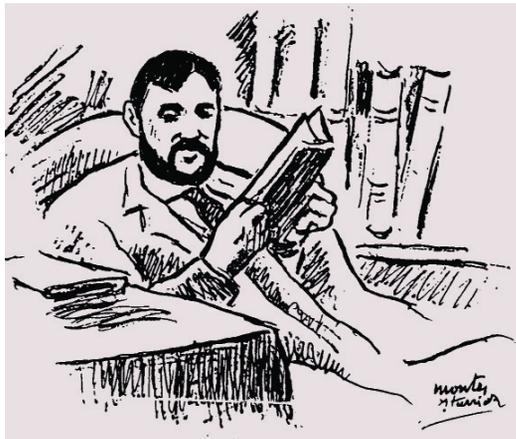
⁵⁶ “Ahora que él no nos oye...”, *El Bidasoa*, Irún, 2 de noviembre de 1919.

SALVADOR MARTÍN CRUZ

mente meditada, a la vez que al establecimiento de unas relaciones importantes con gentes del cuadro médico de la capital navarra que iban a posibilitarlo, probablemente a partir de su brillante participación en la oposición de la plaza de médico-cirujano del Hospital Provincial.

Confirmada su partida, el Ayuntamiento de Irún decidiría nombrarle Cirujano Honorario del Hospital de Irún⁵⁷ en reconocimiento a los servicios prestados; a la vez, la ciudadanía iba a rendirle un cálido homenaje, regalándole un despacho con todo su mobiliario comprado por suscripción popular; un despacho castellano que tendría en la Clínica de San Miguel hasta el final de sus días, haciendo siempre presente ante sus ojos, pero sobre todo en su corazón, aquel tiempo irreplicable vivido en la capital del Bidasoa.

Tantos vínculos y tantos recuerdos dejaría en su partida que una porción larga de años después, en 1939, recién terminada la Guerra Civil, quizás buscando un regreso imposible a otro tiempo y a otra vida sentidos como mejores, se decidiría a levantar un chalecito en Fuenterrabía, *Bikabi*, construido a partir de sus planos y los bocetos del arquitecto Martínez de Ubago, frente a la playa de Hendaya⁵⁸, destinado en principio a amparar en el lugar amado los tiempos vacacionales de la familia⁵⁹, aunque, muy posiblemente, también para olvidar las amargas de la Guerra Civil.



Apunte de don Victoriano realizado por Gaspar Montes Iturrioz, publicado por *Bidasoan* en 1987.

⁵⁷ Certificación firmada por Emilio Navas, Secretario del Ayuntamiento de Irún, el día 9 de diciembre de 1927.

⁵⁸ Queda documentación y relación epistolar con el arquitecto en el archivo familiar.

⁵⁹ El chalet perteneció a la familia Juaristi hasta hace aproximadamente un par de años.

La vida ordinaria

Pero la vida en Irún iba a ser para don Victoriano mucho más que el mundo de su trabajo y sus intereses médicos, pese a lo cumplidor y profesional que siempre fue en lo tocante a este punto, para él lo primero. Así, puede aseverar su hijo Carlos, que aquella época fue si no la más brillante, seguro que la más rica y hasta la más feliz de toda su existencia. Lo mismo pensaba Julio Caro Baroja, quien dejó escrito en su libro "Los Baroja": "La familia Juaristi desbordaba alegría. Para nosotros, los más pequeños, don Victoriano era como un mago. Solía venir a las fiestas de Vera y lanzaba al espacio una serie de grandes globos de papel en medio de la admiración y el alborozo de la chiquillería. Luego se fue a Pamplona, donde fundó la clínica de San Miguel, y allí adquirió más fama; pero su carácter se hizo menos risueño"⁶⁰. Don Julio debía de tener razones de peso para pensar así, no en vano le conoció no solo en su niñez, sino que su trato se extendió a lo largo de toda la vida. Hay incluso notas de agradecimiento del sobrino de don Pío por la colaboración que le presta para algunos de sus trabajos etnográficos⁶¹, amén de varias cartas personales en el archivo familiar de los Juaristi que así lo demuestran. También en *Los Baroja* don Julio da fe de cómo acudió a él, e incluso vivió en su domicilio pamplonés algunos días, cuando fue citado a Pamplona para su incorporación a filas en la Guerra Civil, haciéndose partícipe de su amargura⁶². En aquellos momentos de desquiciamiento general, estuvo un par de veces en Pamplona en razón de aquella convocatoria, no era para menos dada la terrible situación por la que pasaba el país. Por otro lado, el yerno de don Victoriano, el comandante Antonio San Juan Cañete, era uno de los jefes militares de la Guipúzcoa gubernamental al comienzo de la guerra, llegando a ser Jefe del Estado Mayor del 8º Cuerpo de Ejército de la República, mientras que sus dos hijos menores, Víctor y Enrique, se habían enrolado como voluntarios en el bando "nacional", estando

⁶⁰ J. CARO BAROJA, *Los Baroja*, 1986, p. 145.

⁶¹ J. CARO BAROJA, "La significación de algunas danzas vasconavarras", Revista *Príncipe de Viana*, 206, 1995.

⁶² *Ibíd.*, nota 211, pp. 313, 319 y 320.

SALVADOR MARTÍN CRUZ

combatiendo en el frente. Más adelante, Víctor había de incorporarse como jefe del Servicio de Odontología del Hospital Militar de Pamplona, donde para entonces ya trabajaban su padre y su hermano Carlos⁶³.

De todas las maneras, entiendo, al igual que el historiador Ignacio J. Urricelqui, que una cosa es la pérdida de la alegría y otra bien distinta la decadencia de su personalidad, como algunos autores parecen querer deducir de las palabras de Julio Caro⁶⁴. Y es que el Juaristi grande, me atrevo a afirmar que incluso genial y a las pruebas me remito, estaba todavía por llegar. Basta solo con mirar los apéndices de este libro para comprobarlo. En ellos queda patente cómo casi todas sus obras verdaderamente importantes y en casi todos los campos de su hacer, son posteriores a su afincamiento en Pamplona; desde sus conferencias *Contribución de los médicos a la cultura del País* y *La calle del Puyuelo*, o su obra médica esencial, el “*Manual Español de Cirugía*”, pasando por sus novelas *Costa de plata* y *Los caminos de Navarra* y sus libros de especialista *El Santuario de San Miguel de Excelsis (Navarra)* y *su retablo esmaltado*, realizado en colaboración con Serapio Huici como ya se ha dicho, *Esmaltes. Con especial mención de los españoles*, *Cocina*, firmado por su mujer Adriana de Juaristi y *Las fuentes de España*, hasta sus trabajos monográficos *Roncesvalles y la Canción de Roldán*, *El Santuario de San Miguel In Excelsis en la Sierra del Aralar* y el *Informe César Borgia*. Todo ello sin olvidar sus zarzuelas *La batelera* y *La casherita*, el capítulo fundamental de su obra escultórica y el total de su trabajo de esmaltista.

Por otro lado, aunque parece evidente que el cambio de domicilio tuvo una gran influencia en su cambio de humor y de carácter, sobre todo por las tensiones matrimoniales derivadas de la negativa de doña Adriana a vivir definitivamente en Pamplona, lo que finalmente conduciría a una separación de facto y un cierto desmembramiento familiar, lo mismo que la idiosincrasia provinciana y críptica de la ciudad a la que se traslada, tan diferente de la del Irún abierto y alegre, en alguna medida cosmopolita, que había dejado atrás, entiendo que también

⁶³ V. JUARISTI y C. JUARISTI, *Notas quirúrgicas del Hospital Militar de Pamplona*, Publicaciones del Colegio de Médicos de Navarra, Pamplona, 1938, pp. 39-40.

⁶⁴ I. J. URRICELQUI, Tesis doctoral, Universidad de Navarra, septiembre de 2006.

debió de influir lo suyo la progresiva pérdida de fe en el país y sus gentes, dada la evolución de su situación social y política.

Aunque es abundar en un tema de sobra conocido, conviene puntualizar por sus cronologías cómo es en los años de su estancia en Irún, sobre todo a partir del año 10, cuando España empieza a perfilar un futuro intelectual joven, lleno de esperanza y optimismo, capaz de encandilar a las gentes, como don Victoriano, ansiosas de su mejora. Un futuro intelectual marcado por la presencia de una pléyade de hombres jóvenes tan de excepción como los que integran la llamada “generación del 14”, pero que, más allá de la literatura, va a extenderse por todos los campos de las artes y hasta de las ciencias, incluida, como es lógico, la medicina, en la que junto a gentes como José Goyanes, Teófilo Hernández, Gregorio Marañón, Roberto Novoa Santos, Gustavo Pittaluga, Antonio Simonena, el mismo Luis Urrutia, destacan poderosamente los discípulos directos de don Santiago Ramón y Cajal: Nicolás Achúcarro, Fernando de Castro, Rafael Lorente de No, Pío del Río-Hortega, Gonzalo Rodríguez Lafora, J. Francisco Tello y José María Villaverde por nombrar solo a los más conocidos. Y que va a ser poco antes de los años veinte, en los prolegómenos de su afincamiento en Pamplona, cuando ese panorama empiece a torcerse de manera alarmante por las politiquerías e intereses antagónicos de los unos y de los otros, a los que iban a dar pie situaciones tan concretas como la guerra de Marruecos, las frivolidades del Rey y la proclamación de la dictadura de Miguel Primo de Ribera. Y que no mucho más allá del inicio de los años treinta, los de la total integración de don Victoriano a la sociedad navarra, es cuando la situación empieza a congelar las sonrisas de las gentes de buena fe, como él mismo lo era, casi como en una trágica premonición de lo que se podía venir encima⁶⁵. Para entonces ya hacía algún tiempo que Antonio Machado había escrito en la ampliación de *Campos de Castilla* los terribles y proféticos versos de *El mañana efímero*.

De todas las maneras, creo entender que don Victoriano, “el hombre de la eterna melancolía” como lo llamó el “Doctor Ignotus” y a lo

⁶⁵ Habrá que recordar que Julio Caro vuelve a convivir con don Victoriano precisamente en tiempos de la Guerra Civil, cuando acude a Pamplona para pasar reconocimiento con vistas a una posible incorporación a filas para ir al frente.

SALVADOR MARTÍN CRUZ

mejor en su melancolía también tuvo algo que ver la historia de la España que le tocó vivir, nunca antes de la guerra civil dejó de creer en el país y sobre todo en su juventud y en su universidad. Hay un importante artículo suyo, *Por la Universidad Española*, publicado en marzo de 1932 como contestación a uno de Ángel Irigaray, en el que lo dice casi todo: “de continuar las cosas como en el primer cuarto de siglo, la ruina de la Universidad era inminente, también lo es que llevamos algunos años en que tanto los maestros como los alumnos han reaccionado de forma tal, que ya se difunden los resultados por todo el mundo cultural y en todas las disciplinas... Yo sigo los trabajos del Laboratorio de Arte de la Universidad de Sevilla; los de historia, de Madrid, con Menéndez Pidal; y los de Valladolid; los de ciencias físicas, químicas y naturales, de filología, de histología, de patología médica de otras universidades, y veo una abundancia grande de inteligencias afanosas que gozan de gran estima universal. No debe ignorar el señor Irigaray que en Madrid hay norteamericanos pensionados por el Instituto Rockefeller para estudiar la estructura de la materia con Cabrera y Molles. Y Bolívar ¿es alguien? ¿Y Rey Pastor que dirigió el Laboratorio y Seminario matemático? Y la que se llama en el mundo la Escuela de Madrid, de Histología y Anatomía Patológica, ha merecido que Cushing la dedique su monumental obra sobre tumores cerebrales, en honor de aquellas excepciones llamadas Cajal, Achúcarro, del Río Hortega, Morreyá, de Castro, Rodríguez Lafora... que no son los hombres aislados, sino núcleos de agrupaciones intelectuales”⁶⁶.

Madurez intelectual

Pero retomemos el hilo... En aquel Irún de principios de siglo, disfrutando de una familia en formación –allí nacen su tres hijos varones: Carlos, Víctor y Enrique–, una profesión que estaba empezando a dar sus primeros pasos independientes y conociendo los primeros parabienes y éxitos, demandantes ambos de una atención y dedicación por lo demás lógicas, con una casa tan gratamente acogedora y abierta a los

⁶⁶ V. JUARISTI, “Por la Universidad Española”, *La Voz de Navarra*, marzo de 1932.

VICTORIANO JUARISTI SAGARZAZU Y SU TIEMPO

amigos como para que Pío Baroja escribiera sobre ella en *Las horas solitarias*: “la casa de los Juaristi tiene un ambiente de sencillez, de comprensión y de benevolencia... sientan a su mesa al amigo que llega, sin preguntar demasiado qué hace o qué va a hacer”⁶⁷. Además disfrutando de unas estupendas relaciones con la sociedad irunesa del momento, también con muchas de las gentes de paso por el verano de la Villa y del inmediato Hondarribia, su casa terminaría por convertirse en lugar idóneo de tertulia entre propios y extraños, desbancando a las del semanario *Ecos de la Frontera* y la Fonda de la Estación a las que había acudido con alguna asiduidad⁶⁸.

Sabemos por Emilio Navas, cronista oficial de la ciudad, que por su casa pasaron amén del grupo de contertulios habituales integrado por Isidoro Fagoaga, Ricardo Figueredo, César Figuerido, Alfonso Morales, Francisco Sagarzazu, primo de don Victoriano, y el pianista Emeric Stefaniani, gentes más ocasionales como los médicos Bergareche, Gallano y Larumbe, el violinista Alberro, el diplomático Baraibar, los hermanos Álvarez Quintero y Baroja: lo mismo Pío, que Ricardo y Carmen, con los que llegó a tener una amistad importante que dejó tras de sí abundante bibliografía e iconografía⁶⁹ —además de cartas cruzadas entre las dos familias que así lo demuestran⁷⁰— el también escritor José María Salaverría⁷¹... El propio don Vic-



Reshu Juaristi, obra de Ricardo Baroja. 1918.

⁶⁷ P. BAROJA, *Las horas solitarias*, Caro Raggio, Madrid, 1982, pp. 149-151.

⁶⁸ J. L. SEISDEDOS, “En Irún se conserva todavía un vivo recuerdo del doctor Victoriano Juaristi que fue un gran cirujano y un excelente escritor”, *El Diario Vasco*, 1975.

⁶⁹ En 1918, Ricardo Baroja hace un retrato de Reshu, la primogénita de don Victoriano, que hoy se encuentra en el Museo de Navarra.

⁷⁰ Documentación en posesión de la familia.

⁷¹ E. NAVAS, *Irún en el siglo XX*, Tomo I, 1981, p. 403.

SALVADOR MARTÍN CRUZ

toriano revelaría en la velada necrológica en honor del doctor Larumbe, la presencia, en una de las meriendas organizadas en su casa, de los Álvarez Quintero, los Baroja, Salaverría, Corpus Bargas, Azorín, Stefaniani, Alberro, Figuerido y Miguel Salvador, además del propio Larumbe, del que relata que amenizó la reunión tocando el chistu y como fin de fiesta dio un concierto de silbo de hoja de lata, acompañado al piano por Stefaniani.

Pero este relato es solamente una especie de foto fija encargada de perpetuar su vida en Irún, algo así como la punta del iceberg, dada la personalidad de varios de los “fotografiados” en su compañía, por más que se hubiera podido nombrar alguna otra personalidad, sobre todo ocasional. Detrás de ello, queda todo un conjunto de actividades verdaderamente inusual en el hacer de un médico joven que vive de y para la medicina, pero al que inundan grandes deseos de aprender y de saber. Con motivo de su muerte, Javier Navarro escribía en la prensa guipuzcoana: “tenía algo de Leonardo de Vinci, que se traducía en verdadera ansia de saber. No se conformaba con lo que otros le dijeran, y aspiraba a ser técnico en cada parcela cultural que tocaba”⁷². Animado por su preocupación por todo y su inquieta manera de ser, en la que la primera juventud había dejado un poso y un interés cultural importantes y hasta una clara vinculación con el mundo de las artes, que terminaría cristalizando precisamente en este período y ubicación, en un medio cultural tan propicio como el Irún de aquellos principios de siglo, que como cuenta “Luis de Uranzu”⁷³ “era como un pequeño barrio latino parisiense”, terminaría por adentrarse bastante más allá de lo meramente asistencial e incluso profesional⁷⁴.

Su interés por la música le llevaría a asistir a las clases nocturnas que daba el violinista José Larrouquert en la Academia Municipal, donde aprendería a tocar el violonchelo⁷⁵. De la misma manera que su afición

⁷² M. D. MARTÍNEZ ARCE, *Historia del Ilustre Colegio Oficial de Médicos de Navarra (1899-2000)*, 2001, p. 381.

⁷³ L. URANZU, *Lo que el río vio*, 1955, p. 459.

⁷⁴ L. URANZU, *Aquellos grandes artistas*, 1976, p. 113.

⁷⁵ Lo recuerda en el artículo que escribe en memoria suya y de Juan J. Lersundi en 1928 en *El Bidasoa*.

VICTORIANO JUARISTI SAGARZAZU Y SU TIEMPO

a la pintura⁷⁶, la que inicialmente le había hecho acompañar a Darío de Regoyos en más de una ocasión por las orillas del Bidasoa⁷⁷, habría de empujarle al estudio del pintor Salís, en casa Beraun, para hacer manos junto a él con los pintores Berrueta y Echenagusia y el escultor Echeandía⁷⁸. Algo que empezaría haciendo un poco de tapadillo por aquello de la apariencia y el ¿qué dirán?, dadas las suspicacias que las gentes del arte despertaban por aquellos entonces en la sociedad “bienpensante”, al hilo de lo que contaban los “enterados” sobre París, los artistas y la bohemia. Llegó a tener tanta amistad con Berrueta –quien incluso le hizo un retrato⁷⁹– que cuando el pintor muere a causa de la tuberculosis en abril de 1908, don Victoriano le atendió en los momentos finales de la enfermedad, dada su admiración, publicaría en *El Pueblo Vasco*, de San Sebastián, un dolido artículo ante la indiferencia de la sociedad vasca por su prematuro fallecimiento⁸⁰. Contaba Carlos Juaristi que su padre terminaría levantándole un monumento en Ibarla, uno de los lugares más queridos del pintor, en colaboración con Francisco Sagarzazu, partiendo de la mascarilla funeraria que él mismo había tomado⁸¹.



Don Victoriano pintado por Berrueta en torno a 1907.

⁷⁶ Gaspar Montes Iturriz recuerda en su artículo de *Bidasoan*: “El doctor don Victoriano Juaristi Sagarzazu”: “... Juaristi había decorado personalmente el portal de su casa con unos frescos –hoy desaparecidos– que representaban la Paz de los Pirineos y otros motivos iruneses...”

⁷⁷ Lo cuenta él mismo en: *Una velada en homenaje póstumo al doctor Larumbe*.

⁷⁸ F. J. ZUBIAUR CARREÑO, *La Escuela del Bidasoa*, 1986, pp. 101 y 115.

⁷⁹ En 1988, el cuadro estaba en casa de los Juaristi y fue expuesto en la exposición organizada por el Gobierno de Navarra en diciembre de 1988.

⁸⁰ E. NAVAS, *Irún en el siglo XX*, Tomo I, p. 374.

⁸¹ Conversaciones con Carlos Juaristi en el verano y el otoño del año 1988. De la construcción del monumento se hacen eco Emilio Navas en la página 374 de *Irún en el siglo XX*, Tomo I, p. 56 y Francisco Javier Zubiaur en su trabajo sobre el pintor del *Boletín de Estudios del Bidasoa*, 5 de 1988, p. 17.

SALVADOR MARTÍN CRUZ

Pero su preocupación por la cultura le llevaría bastante más lejos todavía, tanto como para que terminase por ser habitual su presencia en cualquier tipo de evento. Se conoce su papel impulsor en la creación de la Sociedad Fomento de Irún⁸²; su ingreso en la Sociedad Fotográfica⁸³; su labor de decorador y tramoyista en la puesta en escena benéfica en el Teatro Principal de *La criatura*, de Ramos Carrión y *Las campanadas*, de Chapí; su participación como violonchelista en algún concierto benéfico⁸⁴; su labor de apoyo a los valores jóvenes, como es el caso del que presta a los pintores Bienabe Artía⁸⁵ y Gaspar Montes Iturriz⁸⁶, también al ingeniero Ángel Taibo⁸⁷, pero, sobre todo, su decisiva intervención en la puesta en marcha del semanario *El Bidasoa*, en su segunda época.

Por lo que cuenta Leonardo Urteaga, el semanario debió de nacer de una sugerencia hecha por Rogelio Fernández, “Dupresty”, regente de la imprenta en la que se hacía *Ecos del Bidasoa*, propiedad de don Marcos Lapitz, de Fuenterrabía y en el que colaboraban desinteresadamente el juez Alfonso Morales, “Pepito”, el también médico Isidoro Navarro, “don Prudencio” y don Victoriano, “V.J.” para que entre los tres pusieran en marcha un semanario en Irún⁸⁸. Fuese así o de otra manera, lo cierto es que el primer número del nuevo semanario vería la luz el 5 de septiembre de 1915, con una redacción inicial en la que a los tres amigos habrían de sumarse Luis Arenaza, Rafael Arrués, Ignacio Bergareche, Javier Esteban Indart, Carlos Indart, Baldomero Martínez y Francisco Sagarzazu y a la que, esporádicamente, se iban a añadir escritores de la talla de “Azorín”, Salverría, los hermanos Baroja y Pedro Mourlane Michelena dentro de un largo etcétera.

Visto lo que antecede no es de extrañar que, como cuenta Ignacio J. Urricelqui en su ya citada tesis doctoral, terminase por convertirse en

⁸² *Ibidem*, p. 56.

⁸³ 4 de febrero de 1912.

⁸⁴ Conversaciones con Carlos Juaristi.

⁸⁵ F. J. ZUBIAUR CARREÑO, *Bienabe Artía*, 1991, p. 19.

⁸⁶ F. J. ZUBIAUR CARREÑO, *La escuela del Bidasoa*, 1986, p. 115.

⁸⁷ Carta personal de Ángel Taibo, profesor de la Escuela de Ingenieros Industriales de Madrid, a Don Victoriano fechada el 4 de diciembre de 1943. Emilio Navas también se hace eco de ello en *Irún siglo XX*, III, p. 650.

⁸⁸ L. URTEAGA, *Guía sentimental del Bidasoa*, 1976, pp. 77-78.

uno de los referentes de la vida cultural local⁸⁹. Como tampoco, que dada su relación con los Baroja llegara a ser el nexo de unión de aquella con la que se centralizaba en Vera, en torno a don Pío y su familia. A la vez que en el más importante dinamizador de la vida artística de Irún⁹⁰. Posiblemente, hasta el mayor impulsor de la escuela paisajística del Bidasoa, o al menos esa es la opinión de Francisco Javier Zubiaur Carreño⁹¹, uno de los hombres que más ha investigado sobre el mundo cultural y artístico de aquel Irún de principios del siglo XX.

Zubiaur llega a considerarle alma de la excesiva y magnífica Orden de los “Chapelaundis” de la barojiana *República del Bidasoa*⁹²; gentes alegres, amantes de la amistad, la buena mesa, la naturaleza y, por encima de toda otra cuestión, la libertad, a los que en alguna medida representa admirablemente en aquel tiempo⁹³. Pero mejor que sea Pío Baroja en su ensayo *Momentum catastroficum*⁹⁴ quien nos cuente cómo eran aquellos *Chapelaundis* sobre una de cuyas reuniones, *El capítulo de los chapelaundis*, escribe don Victoriano con motivo de la recepción en la Orden de Ortega y Gasset, Zuloaga, los hermanos Zubiaurre y el diplomático Germán Baraibar⁹⁵, ... “gentes de boina grande, pero de corazon también grande, que creen en un país libre, tolerante, culto, abierto, sin abusos de poder, sin excesos de fuerza, limpio, sin dogmas, sin empujones, con una libertad de conciencia expresamente reivindicada, un país en el que tuvieran cabida –también lo dice–, los vascos y los no vascos; un país ‘sin moscas, sin frailes y sin carabineros’”⁹⁶.

Pero volvamos brevemente a *El Bidasoa*, sobre todo porque de no hacerlo, la vida de nuestro protagonista en Irún quedaría a falta de uno

⁸⁹ I. J. URRICELQUI, tesis doctoral, 2006, p. 536.

⁹⁰ F. J. ZUBIAUR CARREÑO, *La Escuela del Bidasoa*, 1986, p. 80.

⁹¹ F. J. ZUBIAUR CARREÑO, *Salis*, 1990, p. 115.

⁹² Su pertenencia a los “Chapelaundis” la cuenta él mismo en el homenaje a Pío Baroja del Teatro Gayarre de Pamplona en 1921. Ver “En honor de Pío Baroja”, *El Pueblo Navarro*, 26 de mayo de 1921, confirmándola Emilio Navas en *Irún siglo XX*, Tomo I, con motivo de la reunión del capítulo en Itzea, el 10 de agosto de 1919, p. 425.

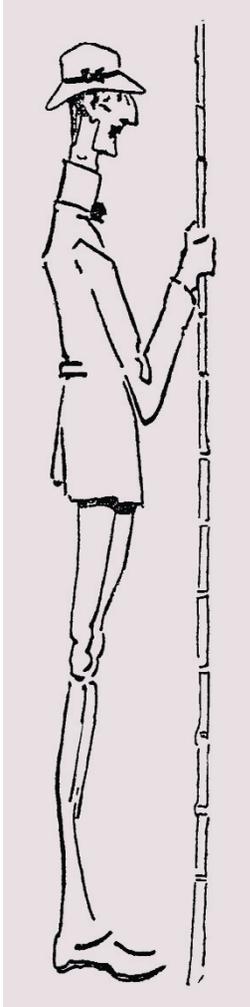
⁹³ *Ibíd.*, pp. 427-428.

⁹⁴ P. BAROJA, *Momentum catastroficum*, Caro Raggio, Madrid, 1919.

⁹⁵ V. JUARISTI, “El capítulo de los chapelaundis”, *El Bidasoa*, Irún, 10 de agosto de 1919.

⁹⁶ M. SÁNCHEZ OSTIZ, *La Casa del Rojo*, Península, Barcelona, 2001.

SALVADOR MARTÍN CRUZ



Caricatura de Celedonio Zargüeta realizada por don Victoriano para *El Bidasoa*.

de sus capítulos más importantes, dada la trascendencia que para él tuvo, y en el que habría de seguir colaborando con mayor o menor asiduidad desde Pamplona hasta la desaparición del semanario en 1936.

A esta distancia, es posible que la historia de aquella publicación de don Victoriano y de sus amigos parezca mover poca rueda de molino, pero lo cierto es que su “reaparición” iba a marcar una de las efemérides culturales más notables en la historia de Irún y de la cuenca del último *Bidasoa* en el pasado siglo. Bastaría solo con repasar el nombre y hasta el número de muchos de sus colaboradores, más de uno francés, para comprobarlo. De la misma manera, sería suficiente repasar los artículos, críticas, cuentos, letrillas, epigramas, notas necrológicas, sueltos y demás –pasan largamente de un centenar⁹⁷–, y de las ilustraciones, caricaturas y hasta chistes de don Victoriano para saber hasta qué punto fue importante su contribución a aquella dignísima empresa⁹⁸. Por aquel tiempo solía firmar sus colaboraciones y trabajos, además de con el consabido V. J., con un V. Juaristi rubricado, o como “Procopio Archívez de la Academia Libre de la Historia” en sus artículos de humor relacionados con aquella disciplina. Tanta fue su importancia que, sin exagerar un ápice, podría decirse que su partida iba a significar una importante pérdida para el semanario. No podía ser de otra manera, dado el empuje de nues-

⁹⁷ Véase la relación de artículos de *El Bidasoa*, expuesta en el libro de Rosa María Ceballos *Vida y obra del doctor Victoriano Juaristi*.

⁹⁸ Ver “En Irún se conserva todavía un vivo recuerdo del doctor Victoriano Juaristi que fue una gran cirujano y un excelente escritor”, de J. L. Seisdedos.

VICTORIANO JUARISTI SAGARZAZU Y SU TIEMPO

tro protagonista, y la propia redacción de *El Bidasoa* parece entreverlo en su editorial de despedida; *Ahora que él no nos oye*, de obligada transcripción en estas líneas, al menos en parte, entre otras cosas porque, además, es un perfecto resumen de lo que fue la vida de nuestro protagonista en aquel Irún idílico e irrepetible.

“Ahora que él no nos oye, podemos decir que con su marcha hemos perdido mucho y que esta pérdida la iremos notando más cada vez, porque Juaristi tenía una intervención muy directa en el desarrollo y florecimiento de nuestra ciudad. Él, con su contribución profesional durante una veintena de años, practicó infinitas operaciones en el Hospital Municipal, y puso el nombre de este benéfico establecimiento a una gran altura un día que una horrible catástrofe nos sobrecogió a todos; él fundó y fue el alma de esa Institución caritativa y generosa del Dispensario Antituberculoso, en el que encuentran amparo tantos niños enfermos; él organizó tómbolas benéficas; él preparó fiestas de caridad; él nos animó a esta empresa de dar a luz *El Bidasoa*, que dentro de una esfera muy reducida, cumple una misión modesta pero noble y desinteresada; fue un buen convecino que cumplió con sus deberes ciudadanos; fue un hombre de excelentes hábitos que vivió alejado de centros de recreo, para encerrarse en su gabinete dedicado al estudio; fue un amigo cariñoso y ni digamos si espléndido, porque su mesa era de todos y su bolsillo del que lo solicitaba. Dice que reconoce sus faltas, ¡pero quién puede vanagloriarse de no haberlas cometido! Fue un hombre, en una palabra, que hizo mucho bien a Irún, y al que Irún debe mucha gratitud”⁹⁹.

⁹⁹ *El Bidasoa*, Irún, 2 de noviembre de 1919.

